

Los autores se preguntan también, en vista del bajo ingreso *per capita* brasileño (280 dólares en 1966), si una mayor planificación de la educación podría dar resultados económicos más satisfactorios. Se refieren a los "tipos ideales" de Marx Blaug sobre planeamiento y antiplaneamiento de la educación, según seis características: 1) Cursar o no la escuela media por motivos económicos; 2) Escoger el tipo de escuela conociendo su carrera ulterior y en relación a ella o no; 3) Cursos destinados, o no, desde el principio, a la preparación profesional; 4) Elementos educativos rígidamente especializados y determinados, o no; 5) Trabajadores muy especializados e intransferibles, o no; 6) Demanda de trabajadores en cada rama rígida, o no. Concluyen que, dado el tipo de evolución técnica rápida y el del sistema político brasileño, la fuerte planificación educativa sería contraproducente, y que la situación actual, susceptible sin duda a mejoramientos, no se presta con todo al pesimismo con que la han visto algunos investigadores.

Martín Sagrera

Ovidiu Radina, *Politique et planification sociales dans le développement national*, Commission du Développement Social, Genève, 4-20 mars 1970.

Este documento —presentado por el doctor Ovidiu Badina, representante de Rumania ante la Comisión de Desarrollo Social de las Naciones Unidas— señala agudamente la necesidad imperiosa que hay de que se utilice el enfoque sociológico en la planeación y ejecución de una política de desarrollo social; la que hay de que toda la población (y en particular la juventud) participe activamente en los programas de desarrollo; la que existe en cuanto a la formación de especialistas en ciencias sociales a través de las facultades respectivas y a la constitución de la carrera de ingeniero social, así como la que existe en cuanto a enriquecer terminológica y conceptualmente los marcos científicos y políticos del desarrollo.

En el primer aspecto, Badina cosecha lo sembrado por Gusti (de quien es afortunado editor y exégeta), y enfatiza la necesidad que hay de que el enfoque sociológico se encuadre teóricamente, se base en el estudio de la realidad concreta y se proyecte en sentido aplicado.

En vista de las tradiciones sociológicas

rumanas y de la complejidad de su objeto social de estudio, no puede extrañar que Badina abogue por una investigación interdisciplinaria coordinada en el nivel sociológico, y por una realización de la misma a cargo de un equipo en el que se integren, muy especialmente, los investigadores locales.

Su punto de vista es de gran interés, pero quizás necesite calificaciones. La investigación interdisciplinaria es una necesidad —eso es cierto—, pero a su satisfacción se le ofrecen posibilidades distintas en una y en otra parte del mundo. En "Occidente", a partir de un continuo indiferenciado (que probablemente haya que localizar en la Grecia clásica, en la época en que "Sócrates, en las plazuelas de Atenas, descubre la razón"), los conocimientos se han ido diferenciando; se han ido separando progresivamente unos de los otros, hasta tal punto que hoy no se reconocen —a veces— sus raíces comunes; hasta tal punto que, para establecer esa colaboración interdisciplinaria se requiere, como paso previo, de una verdadera —y difícil— traducción intersemiótica. En cambio, en el mundo regido por el pensamiento marxista, las especialidades mantienen un sustrato común, y su apartamiento mutuo es menor, lo cual permite, del lado positivo, un entendimiento más fácil, más inmediato, a medias palabras, entre los diversos especialistas, en tanto que, por el negativo, o impide o dificulta el progresivo y deseable (no el súbito e indeseable) desenraizamiento ideológico. En uno y otro lado del mundo dos corrientes de una sola vía, que no se complementan y completan en un circuito, ya que la investigación plenaria impone el que se integren en una concepción global, unitaria, los resultados parciales de las especialidades y, también, que se vea cómo se diversifica en los varios niveles de la realidad y (cómo se realiza en ellos o no) una *Weltanschauung*, una mundivisión o una cosmoteoría (como gustaba de llamarla el doctor Angel María Garibay, nuestro coterráneo).

Requiere calificación el desideratum recogido por Badina en su documento, porque, en países como Estados Unidos de América, el trabajo en equipo es inevitable; porque en países como la Unión Soviética es posible; porque —en cambio— en países como México ese trabajo sigue siendo difícil y poco deseable en las condiciones actuales. Lo es porque el científico mexicano o ha heredado las actitudes individualistas hispánicas y se integra por ello difícilmente en un

equipo en el que su personalidad corre riesgo de quedar soterrada, o ha heredado la indiferenciación personal de la comunidad indígena y, por ello, es incapaz de rendir un trabajo útil en un equipo en el que se necesita aporte personal y no labor rutinaria, mecánica, indiferenciada.

Lo es porque, en medios académicamente subdesarrollados, el trabajo en equipo enmascara la explotación real —consciente unas veces, inconsciente en otras, para quien la realiza— de los menos por los más “habilitados”, o la huida de la responsabilidad de quienes se ostentan como científicos y no son sino técnicos que no aportan al equipo sino trabajo esclavo, académicamente poco calificado, mientras reclaman altos créditos académicos y elevadas remuneraciones.

Fuera de estas calificaciones, indispensables cuando la meta se pone en relación con los distintos puntos de partida, la anotación de Badina es correcta, y lo es tanto más cuanto que pide la “integración de los especialistas locales en la investigación sociológica”. Esta aportación suya nos parece capital. En efecto, es sólo el especialista local el que conoce, en toda su riqueza vivencial y cotidiana, los problemas de un lugar, y es él solo quien puede mostrar los medios a través de los cuales es posible romper resistencias y motivar actitudes favorables de los pobladores frente a la pesquisa y, en su momento, frente a la elaboración de un plan y su realización transformadora.

Es cierto que el especialista local no es suficiente para la investigación; que su misma inmersión en la problemática lugareña le sujeta a limitaciones ideológicas, pero es precisamente la intervención de otros especialistas, extralugareños, la que salva de la miopía, del espíritu de campanario, al tiempo que ella se salva de moverse en el vacío por no considerar las concretísimas, complejísimas, entreveradísimas condiciones del lugar. Además, el rejuogo entre los especialistas del lugar y los de fuera de él permite que se realice un intercambio dialéctico de ideas y de experiencias favorable a todos.

En el segundo aspecto, o sea en el de la participación activa de la población —y particularmente en el de la participación de los jóvenes— en el desarrollo, el autor señala que hay, además de un derecho a la instrucción y a la educación, un derecho a la cultura, que hay que reconocer a todo ser humano, y que concibe la cultura como actividad creadora. En efecto, para su concepción, to-

do miembro de la sociedad tiene derecho a convertirse —una vez preparado— en elemento innovador, creador, tanto en los dominios “materiales como espirituales, utilitarios e ideales”.

La generosa concepción de Badina ve, en la cultura, la posibilidad de desarrollo integral del hombre en diversos niveles sociales: individuales, familiares, aldeanos y ciudadanos, comunitarios y societarios, nacionales y humanos, y piensa que la participación (adulto, joven o vieja) en las actividades socioculturales renovadoras tiene “a más del aspecto positivo del conocimiento, la importante función de autoconocimiento de los grupos”. Esto tiene enorme importancia para quienes —como nosotros— conciben el desarrollo como uno de los dos componentes del progreso (la otra, la evolución actualizadora de potencialidades sociales), que consiste, precisamente, en el conocimiento que de sí mismas llegan a lograr las sociedades.

Rumania tiene, respecto a este tipo de acción cultural, de profunda raigambre y amplia ramificación, una experiencia valiosa que ofrecer a otros pueblos, que Badina presenta cuando se refiere a su “materialización institucional en los equipos multidisciplinarios, en los ‘hogares culturales’, en las universidades populares, en las escuelas campesinas y en las escuelas de dirigentes sociales” que tienen como función colocar en relaciones dialécticas fecundas la investigación científica directa, la acción práctica y la pedagogía social. Creemos que esas expresiones muestran claramente la justificación con la que Rumania ha hecho de Ovidiu Badina —simultáneamente— el director de su Instituto de Estudios sobre la Juventud y el representante ante la Comisión de Desarrollo de las Naciones Unidas.

No menos interesantes que las anteriores son sus reflexiones sobre 1) la necesidad de dar a los especialistas en ciencias sociales una formación más compleja (menos unilateral, menos anclada en un especialismo estrecho así sea éste un sociologismo); 2) la utilidad que tiene formar equipos multidisciplinarios pero formados por quienes (como dijo su compatriota Tatiana Slama-Cazacú en el Congreso de Lingüística de Bucarest) hayan sido preparados desde su “cuna” académica para ese tipo de colaboración o que —como se decía en una conferencia dictada por el doctor Hans Steger en nuestra universidad— sean capaces de salir *al encuentro* de los otros especialistas y reunirse con ellos a

mitad de camino, y 3) la conveniencia de formar ingenieros sociales que sean, simultáneamente (conforme a una concepción suya muy plausible), organizadores y pedagogos de la vida social.

En este último renglón —que Badina puede y debe enriquecer cada vez más en el futuro— cabe recordar que, como señaló Alvin Gouldner en un artículo de esta *Revista Mexicana de Sociología*, existen dos tipos principales de sociología: la clínica (muy próxima del trabajo y de la “medicina” sociales, en sentido amplio) y la ingenieril (reconstructora, constructora y, por lo menos inicialmente, planeadora y planificadora de las sociedades futuras). A esto hay que agregar que ellas dos no son alternativas sino complementarias y que, como indicó Alain Touraine en el Congreso Internacional de Sociología reunido en Evian en 1966, el sociólogo completo tiene que tener, en proporciones variables, pero con presencia constante, las características del teórico, del investigador, del trabajador social y del transformador político-social.

La aportación que el delegado rumano doctor Ovidiu Badina hace en este texto que él quiso hacernos llegar a través del bondadoso conducto del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, delegado mexicano ante la Comisión de Desarrollo Social, es importante, bien intencionada y correctamente orientada. Debe examinarse con cuidado y reflexión y debe también mover a los sociólogos —especialmente a los mexicanos— a una actividad mejor definida, más rigurosa y fructífera.

Oscar Uribe Villegas

Spengler, Allen *et al.*, *History of Economic Thought*, Concepts of Economic Development and their Relations with the Formation of Economic Policy in the 17th 18th Centuries. Mezhdunarodnyi Kongress Ekonomicheskoi Istorii. Leningrad 10-14-VIII-1970.

En la sesión que el Quinto Congreso Internacional de Historia Económica consagró al desarrollo del pensamiento económico y —más particularmente— a las teorías del desenvolvimiento y su papel en la política económica del XVII y el XVIII, el relato de Joseph Spengler y William Allen sobre la amplitud y adecuación de la teoría predecimónica del crecimiento: 1) hizo una revisión

de las condiciones que sirvieron de trasfondo al pensamiento económico de la época; 2) se refirió a las determinantes del avance económico; 3) habló de la política de crecimiento en el XVII y de los principios de teoría del XVIII y 4) examinó —en particular— las doctrinas de David Hume, de François Quesnay, de James Stewart y Adam Smith. De la teoría de Smith sobre el crecimiento hubo, en el relato, una interesante presentación esquemática.

En su conclusión, los relatores observaron que en la segunda mitad del XVIII se rompió la teoría del crecimiento económico que venía emergiendo desde fines del XVII, pero que algunos de los elementos de su disgregación acabaron por integrarse en la nueva teoría del XVIII, que ni sería tan explícita y redondeada como la ricardiana ni llegaría a absorber ciertos elementos dinámicos importantes (como la ciencia, la tecnología, las invenciones y las innovaciones empresariales), por caer éstos fuera de la categoría “división del trabajo”. La doctrina tampoco estableció distinción entre algunas de las dimensiones del capital: entre su variedad o fijeza; entre su materialidad o inmaterialidad. En cambio, al reconocer la automatización del sistema, reveló —según los relatores— la dependencia mutua de las economías en el plano internacional.

De entre los participantes, Jean Vilar hizo a la sección una de las aportaciones de más interés, en una comunicación sobre la “Escuela de Toledo”. El denomina en esa forma una serie de escritos que sus autores concibieron y publicaron entre 1600 y 1630 en la que fue capital política e industrial de Castilla, y en los que trataron de explicar la decadencia económica toledana.

Vilar ve en la escuela una movilización de las inteligencias, una aplicación concreta de ciertas doctrinas económicas a una crisis concreta (nacida de tomas individuales de conciencia que parten de una tradición política local y responden a las crecientes exigencias fiscales de la Corona) y las considera como una manifestación de malestar, y como un intento de calmarlo.

Esa manifestación está constituida por precautorias solemnes que emiten algunas colectividades (como los gremios de obreros, la municipalidad y la universidad); llamadas de atención al través de las que, en primer término, se busca defender los intereses de una categoría determinada y que se trata de extender —después— hasta cubrir a toda la